

Ladrillos



Los rastis siempre cumplieron una misión fundamental en mi vida. Bueno, todo lo importante que pueden ser en la vida de un niño. Y en mi vida eran muuuy importantes, no les voy a mentir.

Ahora ya soy un boludo viejo, pero todavía me acuerdo de mis ladrillitos y les agradezco. Los extraño. Creo que a nada extrañé en mi vida más que a los rastis.

Recuerdo con tanto cariño las tardes enteras en que me pasaba construyendo castillos,

imperios, barcos piratas... Y, ¡por supuesto!, autos de carrera de todos los colores. No existía un solo objeto en el mundo que yo no fuese capaz de reconstruir con mi imaginación ladrillera. También es cierto que jamás construí nada que se parese a otra cosa. Cada rasti que colocaba encima de otro me llevaba a nuevas e impensadas formas inventadas por mi imaginación.

¡Las formas de las cosas! El poder científico, el poder político, la ideología pedorra de los médicos,

todas esas formas del pensamiento están hechas para ser descuajeringadas. De hecho, ahora que cumplí 35 pirulos me doy cuenta de que lo peor que hice en mi vida fue dejar de ser un niño para convertirme en un adulto miedoso de todo. Antes, yo era otro, no conocía el miedo y mis rastis no conocían el secreto de esa revolución imaginaria que tarde tras tarde experimentábamos.

Mis rastis y yo vivíamos en un mundo colorinche. No sé lo que es un mundo en blanco y negro. Será por eso que detesto a Charles

Chaplin, que siempre me pareció un hombre horrendo, caricatura de todo lo que nunca quise ser. Un hombre sin forma, sin rostro, blanco y sin sonrisa. ¡Es petiso de una manera horrenda! Además, no me gusta su humor tonto de tazas volando y platos rotos.

Sin agrandarme, puedo decirles que mi imaginación de niño y mis rastis son muy superiores al humor de este monstruo hollywoodense. Lo mejor que tiene el humor es la sorpresa; es su instantaneidad con respecto a la realidad que se está viviendo. Un humor

fabricado con horas de ensayo pierde lo mejor: su frescura.

Con el tiempo, aprendí que los rastis son mucho mejores que Los Playmobil o el cubo mágico. Pero no quiero agitar una encendida polémica respecto de los juguetes. Supongo que todos son buenos en la medida en que nuestro corazón así lo desee.

Hoy que cambiaron las costumbres a la hora de jugar y los rastis no tienen la demanda de antaño, han sido capaces de cambiar sus nombres por Constrúyelo tú mismo.

Hoy hay juegos siniestros, como Second Life, juego donde otra vida de porquería igual a ésta es posible. Un juego macabro donde las personas esconden sus identidades, sus vicios, sus oscuras intenciones.

Los rastis todavía pertenecen a un mundo igualitario, a un mundo palpable, a un mundo donde teníamos que poner el cuerpo, utilizar nuestras manos y de la mejor manera nuestra imaginación.

Los rastis son socialistas, sin restricciones. Pertenecen a un mundo que ya no existe, un mundo de un ladrillo sobre otro ladrillo; un mundo inmenso en su simplicidad.

Los juguetes tienen un gran sentido práctico en la vida de un hombre. Yo les aconsejaría a los adultos que no los ninguneen, que

no los subestimen en lo más mínimo.

Incluso consiguen tener un precioso valor revolucionario: "Con unos simples ladrillos y muchos sueños otra vida de construcción es posible". ¿Será por eso que el mundo real se parece tanto al mundo de los juguetes?

Sé que estas reflexiones son pavas. Un poco tontas e inútiles; y forzadas, también. Y serían más tontas aun, si no fuera porque esta mañana mi hijo me sorprendió con un increíble auto fabricado 100% con su imaginación,

“ Antes un ladrillo tenía su significado en el mundo. Los rastis son lo único que nos queda de aquel mundo utópico.

salido de los ladrillos del mundo. De la manera más simple, con los rastis.

¡Ven ustedes! Ahí me di cuenta de que un mundo sencillo y práctico en forma de ladrillos es posible.

Antes, un ladrillo tenía su significado en el mundo. Los rastis son lo único que todavía nos queda de aquel mundo utópico, donde todo dependía de las manos y las ganas y la imaginación de los trabajadores. Eso capotó, se acabó para siempre. Hoy un ladrillo no significa nada.

El gran problema de los argentinos es que no

tenemos un proyecto de país. No tenemos ladrillos imaginarios, hemos perdido las herramientas. Tenemos que recuperar la épica de la construcción indiscriminada. Necesitamos urgentemente agarrar un rasti y luego otro, y otro, y comenzar a construir. Necesitamos el ladrillo que desate esa sogá de nuestro ahorcamiento.

Le debo algo inmenso a los rastis: me enseñaron a ser padre, nunca me permitieron olvidarme que fui un niño. Incluso, cada tanto, me vuelven hacia mi niñez, lo cual me mejora

como padre. A veces pienso que soy un niño-constructor-de-rastis-padre.

Desde que soy padre me di cuenta de que otro mundo es posible; que todavía soy un niño y puedo regresar a la niñez todas las veces que quiera. Creo que es lo más lindo de ser padre: ser un niño también.

Hace unos días, en Berlín, un turco me vendió unos autos de lata alucinantes, eran una réplica en miniatura de aquellos primeros autos que pudieron comprarse los obreros. Y me volví loco.

Eran el sueño de mi vida de niño. Y los compré todos, hice realidad mi sueño 30 años después. ¡Los compré para mi hijo Baltazar! Gracias al Baltu cumplí la otra parte de mis sueños.

Ahora estoy con mi hijo en plena comunión, rescatando todos los valores de la patria obrera. Construyendo juntos un mundo indestructible de ladrillos. De alguna manera, jugando, fantaseando, como ahora que escribo esto, hemos comenzado.

Fuimos capaces de levantar el primer ladrillo. Otro mundo ha comenzado; de a poco, irán sumándose los miles de argentinos.

Un mundo sencillo y multicolor. Padre e hijo, codo a codo, levantando paredes, muros, reinventando helicópteros con los cuales liberaremos las Islas Malvinas.

¡Un mundo posible, señores! Un mundo construido por todos. Un mundo tan real como los juguetes que guían el sentido crítico de nuestras vidas.

Un mundo como nunca tendrán ninguna de las personas que leen esta crónica, si no se atreven a construirlo.

"Ahí, papá, como muestra el plano". "Pero hijo, los ladrillos son lo mejor que inventaron, los amigos del hombre. Se pueden armar de muchas formas diferentes. Esa es la gracia, hijito. Como las pirámides". ♦♦